

GILBERT KLEITCHESTERTON

«Campo de negación, de tanteo y curiosidad»

La personalidad literaria de G. K. Chesterton es, sin género de duda ni exageración, una de las mayores y mejores de nuestro siglo. Hace once años que moría a los sesenta y dos, este trabajador incansable al servicio del Catolicismo desde la época de su conversión (1908), como cruzado literario en defensa de los ideales cristianos.

La pluma tajante, incisiva, certera, pero con sano humorismo y alegremente, combate y polemiza con todos los escritores ingleses tocados de heterodoxia.

Filósofo inquieto, rebusca por todo para encontrar la verdad, compara doctrinas, estudia profundamente, indaga todos los fondos espirituales, y por caminos de lucha y meditación en la historia de su alma encuentra por fin solución a sus problemas en la

Teología de la Iglesia que defiende con tal ardor y originalidad que desde el Vaticano se le llama en un mensaje pontificio «nuevo padre de la Iglesia».

La parábola evangélica es substituída por la paradoja humorística y así nos dice de él mismo: «quisé adelantarme, aunque fuera unos diez minutos hacia la hora de la verdad. Y todo para descubrir, al final, que yo andaba atrasado en unos mil ochocientos años.» Así definió el autor su encuentro de la verdad, del que hoy ACCIÓN CATÓLICA, esperando continuar con la de otros grandes conversos, da este intento de saboreo de su autobiografía vagabunda, por lo que él llama «campo de negación de tanteo y curiosidad».

Supongo que poseo una mente dogmática. De toda suerte cuando no creía en ninguna de las cosas llamadas dogmas, supuse que la gente estaba dividida en grupos compactos, según los dogmas en que creían o no creían. Suponía que los teósofos estaban, todos, sentados en la misma sala, porque todos creían en la Teosofía. Suponía que la Iglesia Deísta creía en el Deísmo. Suponía que los ateos convenían entre sí porque no creían en el Deísmo. Imaginaba que las Sociedades Éticas se componían totalmente de gentes que creían en la Ética, pero no en la Teología, ni, incluso, en la Religión. He llegado a la conclusión de que me he equivocado en esta idea. Creo, ahora, que las congregaciones de estas capillas semiseglares consistían, en su mayoría, en un proceloso mar de escépticos errabundos, consus dudas errabundas también, y que se pueden hallar un domingo buscando una solución con los deístas y otro domingo con los teósofos.

Pueden estar dispersados en varias capillas semejantes; están unidos sólo por medio de una convención (esa falta de convencionalismo) conocido por: «no ir a la Iglesia». Referiré dos incidentes, como ejemplo de lo que quiero decir, aunque están separados por un largo intervalo de años. En aquellos días remotos, de los cuales hablo ahora, antes de que yo soñara con estar unido a ningún sistema formal

de fe, solía ir a diversas asambleas dando conferencias o lo que así llamaban, por educación. Puedo observar que mis sospechas fueron confirmadas por el hecho de que veía, a menudo, la misma gente entre concurrencias muy diversas; sobre todo un hombre de aspecto preocupado con ansiosos ojos negros, y un judío muy anciano con una larga barba blanca y una sonrisa tallada e inmutable como la de una imagen egipcia.

En cierta ocasión había dado una conferencia en una Sociedad Ética, cuando vi, colgado en la pared, un retrato de Priestly, el gran unitario de hace cien años. Observé

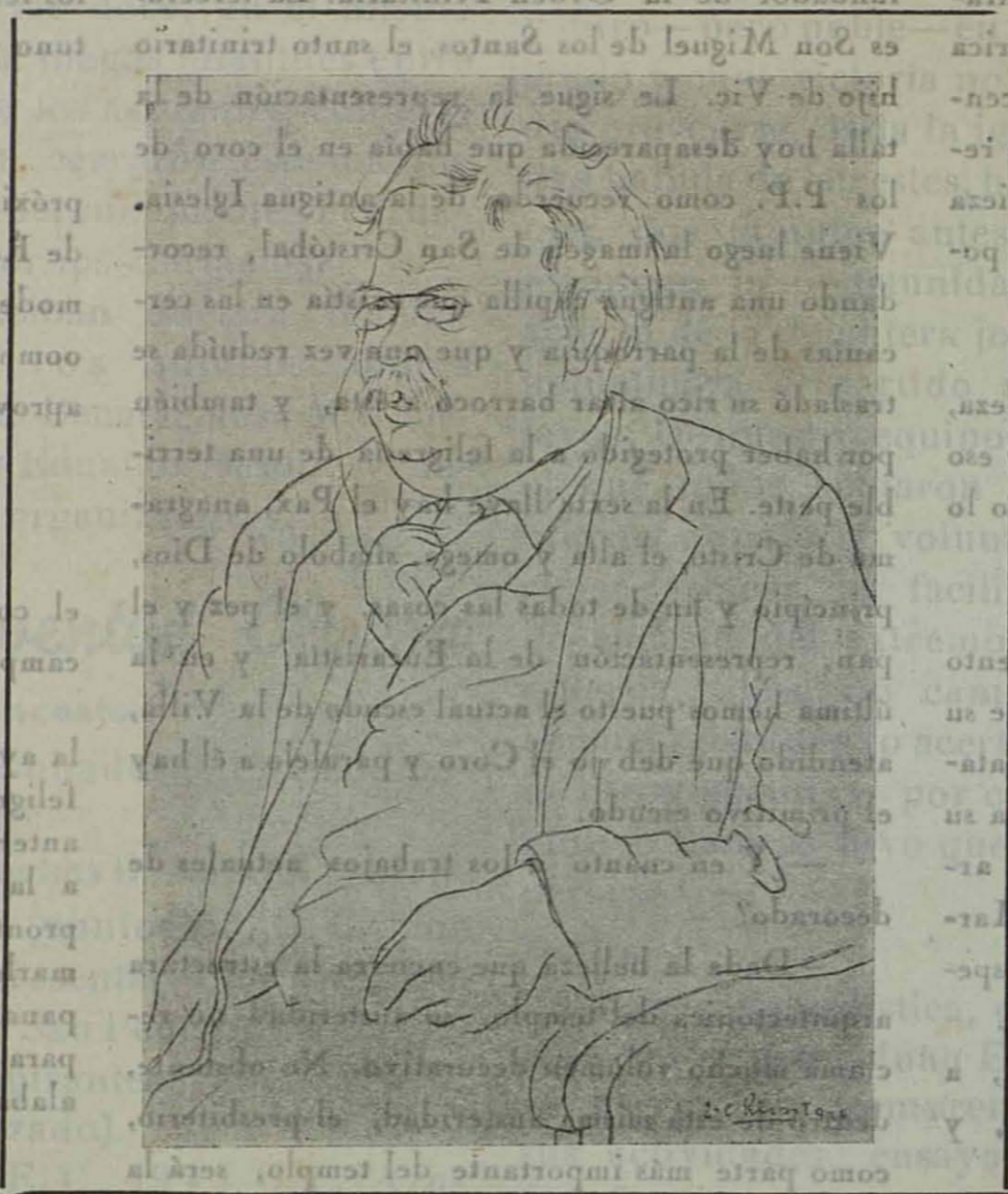
que era un grabado muy hermoso; y uno de los fieles a quien estaba yo hablando, replicó que probablemente lo habían colgado ahí porque había poco tiempo, aquel lugar había sido una capilla unitaria; creo que dijo que pocos años antes. Me intrigó considerablemente, sabiendo que los viejos unitarios eran tan dogmáticos como los mahometanos sobre el punto de Un Solo Dios, y que el grupo ético era tan poco dogmático como los agnósticos respecto a este dogma. «Es muy interesante —dije—. ¿Me podría usted decir si su sociedad entera abandonó el Deísmo a la vez?»

«No —replicó anonadado—.

No creo que fué enteramente así. Creo mas bien, que nuestros jefes deseaban tener como predicador al Dr. Stanton Coit, y éste no quería venirse con nosotros si la cosa no se convertía sencillamente en una Sociedad Ética.

No puedo responder, naturalmente, de la exactitud de la referencia que me dió el señor, pues que ni lo conocía; pero, en todo caso, lo que quiero demostrar son las condiciones nebulosas en que se hallaba la mente de los oyentes habituales y no la de los conferenciantes o jefes. El doctor Stanton Coit, por ejemplo, tenía una idea perfectamente clara de una ética sin el apoyo de la teología. Pero tomando este miembro característico del movimiento, hay algo bastante extraordinario en lo que ocurrió, en realidad, o lo que él suponía había ocurrido. Mediante esta teoría, Dios Todopoderoso había sido descartado del asunto, como concesión al doctor Stanton Coit.

La impresión general era, aparentemente, que resultaría poco amable no darle gusto en un detalle como ese. Años después, un amigo mío indagó qué había sido de aquella Sociedad Ética y le informaron que su personal había disminuído un tanto. La razón aducida era que el distinguido ferenciante ético no era ya tan activo como en sus mocedades; y que, por consiguiente, buen número de sus secuaces, ahora «se habían marchado con Mar-



NI
na,
a S
y s
cau
ces
tar
Jain
les
A
de
rita
San
el P
nue
fun
vos
gari
mis
ocu
con
ficie
cris
el p
clus
De
hist
pen
mos
men
ron
per